

Aparición, mar

El cruce del Atlántico, demandaba un par de semanas, rutinarias, y al no embarcar pasajeros ruidosos, bastante aburridas. Habíamos zarpado de Buenos Aires con carga y pasajeros de cortesía rumbo al Mar del Norte.

Durante esa travesía, la primera para mí en ese buque, al salir de la consola de máquinas para verificar mecanismos. Mientras constataba lecturas en los aparato de medición, sentí una presencia a mi lado, pude ver la imagen borrosa reflejada en el cristal del instrumento. Giré sobre mis talones, no había nadie. Jaime, mi ayudante, seguía en el cuarto de control, pude verlo desde la planta.

Al entrar, después de mis menesteres, intenté disimular la impresión. Forzando una sonrisa, le comenté la rara experiencia, él señaló que cada tanto le sucedía algo parecido.

—Lo que pasa que usted es nuevo y el bávaro lo quiere conocer —dijo muy serio mirándome a los ojos.

—¿Qué dijiste? ¿El bávaro? ¿Quién es ese?

—Dicen que durante la construcción del buque en Alemania, un obrero de Bavaria murió aquí en este lugar y cada tanto se aparece con la mayor naturalidad, lo único que le falta es hablar —dijo convencido.

Estos relatos eran conectados con otros que se narraban durante las guardias o las largas sobremesas para estirar el tiempo y hacer más llevadera la travesía. No me pareció más que una anécdota más ¡pero!... Traté de digerir la historia que me acababa de contar, sin agregar nada.

Los tripulantes del carguero, en varias oportunidades contaron haber visto deambular a un desconocido. Aparecía generalmente en la sala de máquinas u otro lugar tan dispar y apartado como las bodegas. Era un joven rubio, de pelo cortado tipo cepillo y vestía un overol caqui. Las visiones siempre habían sido fugaces, salvo una vez en que al verlo pasar, dos tripulantes se animaron a seguirlo y cuando lo estaban por alcanzar, se desvaneció en el aire sin dejar huellas.

—¿Son ciertos los comentarios, sobre la aparición, o algo así, de un espíritu que se corporiza y deambula por el buque.

—pregunté con sorna a los oficiales durante la cena.

—No lo crea jefe. Es un cuento de la marinería para chacotear con los oficiales nuevos —respondió el capitán esquivando la mirada y con una sonrisa mordaz.

Antes de entrar al camarote a descansar, caminar por los amplios pasillos solitarios y en semi penumbra, me produjeron cierta sensación de desamparo.

Abrí la puerta e inusualmente la cerré con llave, después de revisar hasta detrás de la cortina del baño que no fuera a haber algún 'bávaro' que pudiera hacerme compañía. Sin pizca de sueño, permanecí recostado y sin quitarme la ropa. Acaparaban mi atención las figuras fantasmagóricas que se formaban en el techo del camarote por la fosforescencia del mar que se filtraba a través de los ojos de buey se reflejaban como si fuesen proyecciones borrosas. Parecían ninfas hermosas por momentos pero viraban en diabólicas y con los ojos saliéndoles de las órbitas, mostrando sus bocas desdentadas, después venía Neptuno cabalgando olas hasta desaparecer con las ninfas como si las arrease. Volví a tener la extraña sensación de no estar solo y para no calentar la cabeza, me recogí en la lectura hasta que "Morfeo" me abrió sus brazos. Pero el sueño no fue reparador. Flotaba en un sopor del qué intentaba salir sin lograrlo.

Leía “Obras Completas de Boris Pasternak” cuando me quedé dormido con el voluminoso libro apoyado en el pecho. En estado de semi conciencia, podía ver lo que pasaba pero mis ojos apuntaban a los pies sin poder girar la cabeza, estaba paralizado. Allí sobre la cama, muy cerca de mí algo se movía, borroso como la niebla. Hice un esfuerzo sobrehumano para salir de la pesadilla, y al arrojar el libro que salió disparado, chocó contra un mamparo y ahí pude despertar.

Pensé que lo visto y sentido podría haber sido fruto de mi imaginación, o que Jaime tal vez habría querido gastarme una broma. Ya me la voy a cobrar en algún momento.

La oportunidad la tuve cuando le encargué una tarea en un lugar poco accesible, donde los mecanismos impedían desplazarse con libertad. Cuando luchaba entre las tuberías para no quedar atrapado, desde una distancia prudencial, comencé a arrojarle tuercas que rebotaban cerca de él sin tocarlo. Logrado mi objetivo, en un par de zancadas llegué a la sala de control y quedé a esperar tranquilamente sentado qué sucedería a continuación.

Irrumpió a los pocos minutos, un Jaime desencajado y con palidez cadavérica:

—¿Qué pasó jefe, usted vio algo?

—Nada Jaime, no me moví de acá.

—Me empezó a tirar cosas y después me agarró ¡Usted viera...no me soltaba! —dijo con voz temblona

—¿Quién? —le pregunté con mi mejor cara de ‘yo no sé’.

—Quién va a ser, jefe, el bávaro. Y discúlpeme pero no salgo más de la consola.

No daba para reírme ni siquiera para adentro. Impresionado por su temor, y dadas las circunstancias consideré que hay bromas que nunca se deberían hacer y ésta era una de esas.

Estando amarrados en puerto, con la mayoría de los mecanismos fuera de servicio, tuve que ir al mismo lugar que había mandado a Jaime, con la diferencia que ahora me encontraba totalmente solo.

Concentrado en igual tarea me pareció ver escurrirse una sombra, pero no, era fruto de mi imaginación, no podía haber nadie en ese lugar, de todos modos el corazón me comenzó a martillar en los oídos y una descarga sustancial de adrenalina hizo que comenzara a sudar copiosamente. El ronroneo de un motor auxiliar y mi respiración eran los únicos acompañantes, después sentí algo deslizándose detrás de mí, por la posición en que estaba no podía girar sobre los talones para ver de qué se trataba.

El ruido y la distancia ahogarían mis llamadas demandando ayuda. Nadie podría escucharme ni ver hasta el otro día, estaba irremisiblemente atrapado.

A pesar del momento, sonreí al evocar a mi padre cuando de niño me enseñara qué, cuando tuviese una pesadilla, por ejemplo, si alguien te perseguía, te dabas vuelta y enfrentándolo le ofrecías la mano a tu acosador. Te amigabas con él y fin del mal sueño.

Al estar prácticamente inmovilizado, el riesgo de herirme o caer a la planta inferior, era inminente, debía contener el pánico.

Unos pasos repercutían en el piso metálico y se acercaban. Giré despacio la cabeza y pude ver a un muchacho rubio con el cabello cortado a cepillo, vistiendo un overol caqui. Como quien va al matadero le tendí la mano derecha, esperando ser atravesado por un rayo y caer fulminado.

—Hola, que tal —le dije con un tono de voz que intentó demostrar seguridad.

Él con una amplia sonrisa respondió:

—Un gusto jefe, Manuel Bergen. Vengo desde la agencia marítima y acabo de embarcar como segundo de máquinas... ¿Necesita ayuda?

Héctor Scaglione